

Las Ciencias Sociales en el noreste de México. Un análisis desde dentro

Efrén Sandoval Hernández¹

¹ Profesor de la Universidad Autónoma de Nuevo León,
Instituto de Investigaciones Sociales.
Correo: esandoval49@yahoo.com.mx

Fecha de recepción: 25 de septiembre de 2007

Fecha de aceptación: 18 de enero de 2008

Introducción

Como estudiante de sociología, en la década de los noventa, conocí una parte de lo que sucedía o no sucedía en el ámbito de la investigación y la formación académica y profesional. La ausencia de investigadores, de programas de posgrado y la escasa vinculación entre formación e investigación, eran las generalidades hace poco más de diez años. Hoy podemos decir que la región, y principalmente la zona metropolitana de Monterrey, es el escenario en que un mayor número de investigadores, a través de institutos o centros de investigación y proyectos con apoyo financiero, comienzan a establecer los vínculos entre el proceso formativo de los científicos sociales y la investigación. Considero que nos encontramos en un momento favorable para la generación de mejores y mayores procesos formativos encaminados hacia la investigación social en la región.

Para la realización de este trabajo me apoyo en la propuesta de la “ubicación” de Rosaldo (1991: 30). Al respecto, el autor menciona que “el etnógrafo, como sujeto ubicado, comprende ciertos fenómenos humanos mejor que otros”. Esa “ubicación” se refiere a la forma en que la experiencias cotidianas permiten o inhiben ciertos tipos de discernimiento”.

Estudiando sociología en los noventa

Estudí la licenciatura en Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) en la década de los noventa. En ese entonces, la planta de maestros estaba compuesta básicamente por un psicólogo social, una economista y un sociólogo. Entre ellos tres se repartían buena parte de los cursos, aunque como auténticos “bateadores emergentes” podían aparecer dos sociólogas, un antropólogo o un sociólogo.

Debido a la escasez de personal, en lugar de que los cursos se acoplaran a la trayectoria de los estudiantes (definida por los semestres cursados), aquellos se definían de acuerdo a la disponibilidad de pro-

fesores. Así, la formación de los estudiantes en lugar de seguir una trayectoria lineal (del primero al noveno semestre), comprendía una trayectoria zigzagueante, en donde al mismo tiempo se cursaban clases de tercero, quinto u octavo semestre, dependiendo de la disponibilidad de profesores. Desde luego, la aparición de los profesores eventuales implicaba cambios en los contenidos; y hasta la improvisación de programas.

Como estudiantes suponíamos o entendíamos que la ausencia de profesores se debía básicamente a dos cosas: a que los pocos sociólogos que destacaran académicamente no eran bienvenidos en la facultad, y a que les pagaban 30 pesos por hora de clase.

El investigador más reconocido de la ciudad era en ese entonces el Dr. Víctor Zúñiga, especialista en cuestiones urbanas y de cultura. Era miembro de El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), pero después pasó a ser parte de la Universidad de Monterrey (UdeM), institución privada que además representaba un mundo opuesto para los estudiantes de la universidad pública. Los aspirantes a sociólogos sabíamos que el Dr. Zúñiga había coordinado varios libros sobre cuestiones urbanas en Monterrey, pero jamás lo habíamos leído, entre otras razones porque no formaba parte de la bibliografía de ninguno de nuestros cursos. Sabíamos también que otras generaciones de estudiantes de la FFYL habían tenido al Dr. Zúñiga como profesor. Los estudiantes de mi generación suponíamos que “el mejor sociólogo de la ciudad” debía darnos clases, pero pensábamos que los 30 pesos por hora que recibiría como paga, serían insuficientes.

Dos sociólogas investigadoras (con libros publicados, miembros del SNI) también se involucraron en algún momento en la carrera de sociología. Ninguna de las dos duró mucho tiempo ahí. Una fundó el Instituto de Investigaciones Sociales (IINSO) de la UANL (Dra. Esthela Gutiérrez), la otra desarrolló su trayectoria como investigadora en El Colegio de México (Dra. Ma. de los Ángeles Pozas). Entre los estudiantes era sabido que ninguna de las dos había sido bienvenida por los profesores que mantenían el control de la carrera, aunque también sabíamos que quienes asistieron a los cursos de la Dra. Pozas los recordaban gustosamente.

Otra socióloga llegó a la FFYL en los años noventa, era la Dra. Verónica Sieglin. Algunos estudiantes de sociología pudieron tomar alguno de los cursos que ella daba dentro de la carrera de historia. Los estudiantes tuvieron muy buenos comentarios, pero pronto supimos que surgieron los celos de la coordinadora de la carrera de sociología. Jamás daría clases de sociología y terminaría por irse a otra facultad.

El Dr. Mario Cerutti impartía los cursos de Historia de América Latina. Su presencia en la facultad era un ejemplo de la mejor situación que la historia tenía en relación a la sociología, no sólo en la facultad sino en la localidad. Pero su partida también fue un ejemplo de que la Facultad de Filosofía y Letras no era un lugar para los académicos. La pregunta que los estudiantes nos hacíamos era, ¿por qué teníamos tan pocos profesores?, ¿por qué la mayoría de nuestros profesores no eran investigadores?, o dicho de otra manera ¿por qué los pocos investigadores no eran nuestros profesores?

Como estudiantes no necesitamos mucho tiempo para responder a esa pregunta. La facultad estaba dominada por un grupo de maestros de formación normalista. Los profesores que destacaban por su trayectoria académica eran más bien una amenaza para el grupo político en el poder, y sólo algunas excepciones eran permitidas, seguramente a cambio de ciertos favores políticos. Los investigadores que no estaban en la facultad, que de todas formas no eran muchos, no tenían necesidad de jugar tal dinámica política.

Varias consecuencias se derivaban de la situación que he descrito en los párrafos anteriores. La principal era que los egresados teníamos una muy deficiente formación. No sabíamos diseñar un diagnóstico o una encuesta, tampoco un análisis estadístico, mucho menos construir un objeto o problema de investigación. Además, no teníamos ningún contacto con el mercado laboral ni con el campo de la investigación. Nuestra formación era un reflejo del estado de las Ciencias Sociales en Monterrey. Con un solo centro de investigaciones (venido desde Tijuana, El Colef) y con casi nulos vínculos con otras instituciones locales, con un sociólogo investigador en una universidad privada en donde la investigación no era prioridad, y con un grupo de profesores normalistas más preocupados por mantener cotos de poder.

En lo personal, mi trayectoria académica cambió sustancialmente cuando a la FFYL llegó un egresado de sociología que había comenzado sus estudios de doctorado en una universidad de Estados Unidos. Se trata de Rubén Hernández, un estudiante de sociología de los años ochenta, de aquellos años en los que el Dr. Víctor Zúñiga (UdeM) y la Dra. María de los Ángeles Pozas (COLMEX) daban clases en la facultad. Rubén es hoy profesor de la Universidad de California en Los Ángeles, Estados Unidos. Él llegó a la facultad buscando estudiantes que le ayudaran en su investigación doctoral aplicando una etnoencuesta en un barrio obrero de la ciudad. Abrió un taller de investigación a través del cual los estudiantes encontramos mucho de aquello que no hallamos en nuestros profesores.

Con Rubén Hernández, por primera vez algunos estudiantes de sociología fuimos al campo, tuvimos encuestas en nuestras manos y tocamos las puertas de algunos hogares para aplicarlas, hicimos un censo de viviendas, supimos qué era una pregunta de investigación y más o menos cómo debía hacerse una encuesta. Para mí la experiencia con Rubén Hernández fue fundamental, pues me hizo descubrir el campo de la investigación. Aunque tenía la inquietud de estudiar alguna maestría para superar el rezago académico de mi formación y para llegar a ser investigador, la experiencia con Rubén me ayudó a ponerle nombre a las cosas, a saber que existían el CONACYT, programas de becas, centros públicos de investigación. También, por medio de esta experiencia conocí literatura actualizada sobre investigaciones recientes. Esta me sirvió como puente entre la formación universitaria y la investigación, algo que la carrera de sociología por sí misma no me podía ofrecer.

Durante el último semestre de la licenciatura, apliqué para entrar a la maestría del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Me tuve que mudar de Monterrey para continuar mi formación, en la región noreste no había otra institución en donde pudiera continuarla, a menos que fuera más al norte, en Tijuana por medio de una maestría en El Colef o en el Colegio de Sonora (COLSON), pero eso que llamamos el norte es tan grande, que a veces se nos olvida que Monterrey está mucho más cerca de

México o Guadalajara que de Hermosillo o Tijuana. Me decidí por el CIESAS Occidente. Aunque ya había otras experiencias de egresados de Sociología de la UANL que se habían ido a estudiar a universidades en otras ciudades o en el extranjero (Rubén Hernández, Patricio Solís, Ma. Elena Ramos),² recuerdo que en aquel año de 1998 varios profesores y compañeros se acercaron a mí como si fuera la primera vez que alguien se iba a estudiar una maestría a otra ciudad. Al parecer, era algo muy poco común.

En el CIESAS, en Guadalajara, encontré que mis profesores eran autores de libros, coordinadores de investigaciones, miembros del SNI y, en general, académicos consolidados. Todo el ambiente era muy diferente al que había vivido en la universidad.

Como estudiante universitario, en Monterrey, el mundo de la academia me resultaba totalmente desconocido. En cambio, para algunos compañeros de la maestría, originarios de Guadalajara o del Distrito Federal, la academia era un ambiente ya conocido. Sus profesores habían sido los autores de obras o investigaciones reconocidas, sabían cómo funcionaban los proyectos y los centros de investigaciones, habían sido becarios, asistentes y hasta habían escrito tesis.³ De alguna manera, me quedaba claro que la deficiente formación en la carrera de sociología tenía que ver no sólo con las cuestiones políticas al interior de la FFYL y la universidad misma, sino en general con la escasa investigación social que se hacía en la ciudad y en la región. Afortunadamente, después de diez años, el panorama parece haber mejorado,

² Actualmente Rubén Hernández es profesor investigador en UCLA, Patricia Solís lo es en el COLMEX, Ma. Elena Ramos lo es en la Facultad de Trabajo Social de la UANL. Posteriormente, otra egresada de Sociología, Lilia Palacios, hizo sus estudios de doctorado en el extranjero. Ella es hoy investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UANL.

³ En la FFYL, las tesis de sociología son muy escasas. Los estudiantes se pueden graduar por promedio de excelencia o tomando un curso en una maestría. Obviamente, ante la falta de vinculación con la investigación, estas dos opciones eran las más seguidas por los estudiantes. Además, hoy en día, la burocracia requerida en la UANL para presentar una tesis de licenciatura implica el pago de varios miles de pesos.

aunque todavía se encuentra en desventaja en relación a otras zonas del país. Hoy, en el noreste de México hay más oferta educativa en Ciencias Sociales, más investigadores y centros o institutos de investigación. Este nuevo escenario puede no ser el ideal, pero al menos será suficiente para generar procesos de formación hacia la investigación en los estudiantes actuales. En la siguiente sección doy cuenta del estado actual de las Ciencias Sociales en el noreste, sin que esto quiera decir que los vicios y problemas políticos y presupuestales hayan sido superados.

Los cambios en los últimos años

Como menciono en la sección anterior, para la sociología y para las Ciencias Sociales en general prácticamente no había espacios en el noreste de México durante la década de los noventa. Destacan solamente instituciones como El Colegio de la Frontera Norte, el Centro de Investigaciones de la Facultad de Economía de la UANL y la sede del Instituto Nacional de Antropología e Historia. El Colef tenía una planta muy reducida de investigadores, en la facultad de Economía la econometría ya dominaba, así es que tendríamos que preguntarnos si aquello más que ser ciencia social era ingeniería social. Y en el INAH era desconocido el trabajo de la única antropóloga que por azares de la vida había llegado a la ciudad. Por otra parte, en la Universidad de Monterrey apenas se empezaban a abrir las puertas para algunos investigadores.

Además de estos lugares, sólo existían algunos institutos dentro de las universidades (UANL e ITESM) que en realidad eran más un membrete que verdaderos centros o institutos de investigación. La realidad era que la presencia de tales instituciones o centros pasaba inadvertida para la comunidad estudiantil universitaria. Había una separación entre la actividad docente y la de investigación. Y esta última en realidad era muy escasa.

Aunque a partir de los años setenta se inició una política de descentralización de los institutos de investigación en todo el país (Muñoz y Suárez, 1991: 31), el noreste de México, comprendido por Tamau-

lipas, Nuevo León y Coahuila, parece haber llegado muy tarde a la repartición del pastel, conformando el escalón inferior de la enorme desigualdad que ha marcado el desarrollo de las Ciencias Sociales en el país (Muñoz y Suárez,1991).

A pesar de que el noreste cuenta con la tercera ciudad más grande del país, y de que al mismo tiempo mantiene un papel fundamental para la economía nacional, durante los años ochenta la región no destacaba por hospedar a un grupo importante de científicos sociales nacionales. En cambio, estados como Jalisco, Michoacán y Puebla ya albergaban al 10.5% de los investigadores, sin mencionar que 7 de cada 10 de ellos se encontraban en el D.F. (Muñoz y Suárez,1991: 33 y 42).

Ahora bien, de acuerdo con la regionalización ofrecida por Alvarado y Guzmán (1991),⁴ para 1984 en el norte de México se encontraba el 17% del total de centros o institutos de investigaciones del país, la mayoría dedicados a la investigación en economía, educación e historia, pero, al mismo tiempo, estaban integrados por una mayoría de licenciados o maestros, siendo esta región la que tenía el menor porcentaje de doctores investigadores en toda la república, con sólo el 11% (Alvarado y Guzmán,1991: 53). Esto nos habla de centros o institutos no consolidados, muchos de los cuales desaparecieron o se mantuvieron en ese estatus, sobre todo debido a la disminución de presupuestos que caracterizó a la década de los ochenta.

Diez años después, es decir, en 1994, sólo había dos centros de investigación consolidados en todo el norte de México, se trata de El Colegio de la Frontera Norte y El Colegio de Sonora. Éstos albergaban a investigadores, la mayoría de ellos con doctorado y dedicados primordialmente a la investigación (Béjar y Hernández,1996:109). Este hecho muestra que no todo el norte es igual y que a la hora de hacer un análisis sobre el estado de las Ciencias Sociales, vale la pena diferenciar. Así, al hablar de la realidad de las Ciencias Sociales en la

⁴ Alvarado y Guzmán (1991: 50) establecen la siguiente regionalización: 1. Región norte, 2. Región centro occidente, 3. Región centro sur, 4. Región sur- sureste y 5. Zona metropolitana de la Ciudad de México. La Región norte incluye a todos los estados fronterizos, además de Baja California Sur, Sinaloa y Durango.

región, Alvarado y Guzmán (1991: 54) advierten que:

Hay diferencias marcadas por subregiones, ya que existen centros e institutos de investigación social que se han desarrollado con mejores condiciones de operación, particularmente en la franja fronteriza, en ciudades como Tijuana y Mexicali, o en Hermosillo y Culiacán, que contrastan con el conjunto de instituciones en toda el área.

Esto ha sucedido a pesar de que en el noreste se encuentra la tercera aglomeración urbana más grande del país, la cual mantiene uno de los índices más altos de centros de educación superior de la nación: la ciudad de Monterrey. Esta ciudad y el noreste de México, aunque tarde, en los últimos años han desarrollado de manera lógica más espacios para las Ciencias Sociales. Digo que de manera lógica pues en todo el país es notorio que el desarrollo de los centros o institutos de investigación están vinculados con las grandes universidades (Alvarado y Guzmán, 1991: 60). Al contar Monterrey con una de las mayores ofertas educativas del país, lo que ha sucedido a partir de la década de los noventa resulta una consecuencia lógica.

En el noreste de México han surgido algunos proyectos o programas de educación superior en diferentes áreas de las Ciencias Sociales en los últimos años. Algunos de ellos han logrado ya su registro en el Programa Nacional de Posgrados del CONACYT, y la mayoría de ellos están vinculados con las universidades locales, como la UANL, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), la Universidad de Coahuila (UADEC) y la Universidad Autónoma de Tamaulipas (UAT). Además, el número de centros de investigación, pero sobre todo la cantidad de proyectos, de investigadores y la actividad académica ha aumentado.

En la UAT se imparte el doctorado en Educación, el doctorado en Educación Internacional y el doctorado en Derecho. En esa institución está acreditada ante el Programa Nacional de Posgrado la maestría en Desarrollo Regional.

En la UANL forman parte del Programa Nacional de Posgrados, la maestría en Economía, maestría en Ciencias con Especialidad en Ciencias Sociales, la maestría en Ciencias con orientación en Trabajo

Social, el Doctorado en Filosofía con orientación en Trabajo Social y Políticas Comparadas de Bienestar Social, el Doctorado en Ciencias Sociales con Orientación en Desarrollo Sustentable. Además, entre otros existe la maestría en Derecho, el doctorado en Derecho y en Filosofía con acentuación en Ciencias Políticas. En el ITESM, la maestría en Administración Pública y Política Pública y la maestría en Comunicación forman parte del PNP.

En la UADEC se imparten las maestrías en Educación, en Desarrollo Regional y en Desarrollo Social. Esta última forma parte del PNP. Además, se imparte el doctorado en Ciencias de la Educación. Ante la ausencia de centros públicos de investigación en Ciencias Sociales, la UADEC ha concentrado el apoyo a los proyectos de investigación social que se da en Coahuila. Hasta 2006, ahí se realizaban cuatro proyectos de investigación, tres relacionados con la educación y otro más dirigido hacia el empleo y el desarrollo urbano.⁵ Hasta el año 2005, en ese estado había once investigadores en Ciencias Sociales miembros del SNI.⁶

En Nuevo León, la presencia de centros públicos de investigación en Ciencias Sociales y de investigadores de esta área ha aumentado considerablemente. Además del Colef, institución que en Monterrey tiene ya once investigadores y cuya presencia en la ciudad data de más de diez años, actualmente se encuentra en esta ciudad la sede del Programa Noreste del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), y una sede del Centro de Investigaciones en Tecnología Avanzada del Instituto Politécnico Nacional (CINVESTAV). Investigadores del Colef y el CIESAS, así como otros del IINSO de la UANL, dan cursos, dirigen tesis o involucran a estudiantes universitarios en sus proyectos de investigación. Lo mismo sucede con el Departamento de Posgrado de la Facultad de Trabajo Social de la UANL, en donde un grupo de más de diez investigadores

⁵ “Estado del arte de los sistemas estatales de ciencia y tecnología. Coahuila, 2006”. Dirección Adjunta de Desarrollo Regional y Sectorial. Dirección de Desarrollo Estatal.

⁶ www.sicyt.gob.mx/sicyt/docs/Edo_Arte_CyT_2006/COAHUILA.pdf

se vinculan con los estudiantes por medio de los programas. En total, en Nuevo León en el año 2005 había 69 investigadores en Ciencias Sociales miembros del SNI.⁷

Cabe destacar que en la actual década, el ITESM ha iniciado una política de impulso a la investigación, incluyendo a las Ciencias Sociales. Lo anterior se explica debido a la necesidad de certificación internacional, para lo cual se hace necesario dar mayor prioridad a la investigación. En consecuencia, el ITESM abrió la Escuela de Graduados en Administración y Política Pública (EGAP), el Centro de Investigaciones en Comunicación e Información y el Centro de Estudios sobre Norteamérica. La EGAP ha logrado conjuntar a 14 científicos sociales, la mayoría de ellos economistas, miembros del SNI. Además, ahí se imparten seis maestrías profesionalizantes y un doctorado en Política Pública.

En Tamaulipas, la presencia del Colef se ha mantenido en Matamoros y Nuevo Laredo, aunque la vinculación entre los investigadores de la institución y estudiantes universitarios no ha sido fácil debido a que la todavía escasa oferta de Ciencias Sociales de la UAT se encuentra en otras ciudades del estado. Hasta el año 2005 en la entidad había cuatro investigadores en Ciencias Sociales miembros del SNI. Cabe destacar que en 2002 se abrió El Colegio de Tamaulipas, institución que ha sido víctima del manipuleo político, por lo que hoy está integrada por cuatro investigadores, ninguno de los cuales tiene el grado de doctor. Siendo dos de ellos economistas y uno del área de Derecho.

Como se puede notar, el estado de Nuevo León, con su capital Monterrey, concentra la dinámica académica y de investigación de la región noreste, al tener más investigadores e instituciones de educación superior con la mayor oferta. Cabe destacar que en este caso el gobierno impulsa actualmente un proyecto llamado “Monterrey, ciudad internacional del conocimiento”, que contempla la construcción de lo que serán los mayores laboratorios de investigación tecnológica de la zona. Este programa se enfoca al desarrollo tecnológico, pero de ma-

⁷ www.siiicyt.gob.mx/siiicyt/docs/Edo_Arte_CyT_2006/NUEVOLEON.pdf

nera indirecta las Ciencias Sociales se han visto beneficiadas por este proceso. El gobierno estatal favoreció la instalación de una sede del CINVESTAV, con éste llegó la maestría en Educación en Ciencias y tres científicas especializadas en educación de las ciencias.⁸

La llegada del CIESAS y el CINVESTAV debe ser vista con reservas, en el sentido de que las instituciones que dependen de instancias federales o que tienen sus sedes centrales en la capital del país “se rigen por una dinámica de trabajo y valores propios que no siempre permean al resto de las sedes locales. En ocasiones, por el contrario, dificultan la interacción con los académicos del lugar y la formación de recursos humanos para la zona o región” (Muñoz y Suárez, 1991:33). De la misma manera, “no siempre se ha podido cumplir el propósito de que las instituciones que vienen desde el centro, tengan una plena acogida o integración con las que ya funcionan en los lugares en los que se instalan” (Muñoz y Suárez, 1991: 37). De esta manera, al tiempo que algunos investigadores de las instituciones venidas desde el centro son acogidos e invitados a participar en programas de educación superior, otros son excluidos, y el estudiantado tiene que sufrir, una vez más, los celos entre académicos y las limitaciones presupuestales, administrativas o políticas.

Conclusiones

Con el aumento en el número de instituciones, científicos sociales, investigadores miembros del SNI, proyectos de investigación y de la oferta de educación superior, las Ciencias Sociales en el noreste parecen estar sentando unas buenas bases para generar mayores y mejores procesos de formación. No obstante, hay un aspecto que puede ser central para que dicho proceso se genere de mejor manera, se trata de la apertura de las universidades e instituciones de educación superior ante la nueva realidad.

⁸ www.cinvestav.mx/lineas/index.htm/El CINVESTAV también tiene una sede en Tamaulipas, sin embargo no tiene ninguna especialidad relacionada con las Ciencias Sociales.

Las universidades, tanto las públicas como las privadas, no fomentan la elaboración de tesis entre sus estudiantes. En vez de hacerlo, promueven otras formas de titulación que reditúan mayores ingresos para la caja registradora. En las primeras hay alternativas para evitar la titulación con tesis, y en las segundas, privilegian los posgrados profesionalizantes sobre los de investigación, graduando de su maestría a estudiantes que elaboran esbozos de proyectos o propuestas de trabajo que no rebasen las cincuenta cuartillas.

Tanto unas como otras están plagadas por institutos o centros de investigación integrados por un solo profesor investigador que sirven como membrete y estadística para lograr las acreditaciones nacionales e internacionales, no para realizar investigación.

Aunado a lo anterior, dependencias universitarias sostienen reglamentos que impiden la colaboración de profesores o investigadores miembros de otras instituciones para dirigir o comentar tesis. Cuando no es éste el caso, los estatutos de las dependencias establecen ciertos requisitos burocráticos que más bien parecen obstáculos para la colaboración interinstitucional, por lo que es casi imposible que un estudiante tenga como asesor a un investigador o especialista externo a su universidad.

Por su parte, los científicos sociales del noreste están en un ambiente en donde no es fácil encontrar estudiantes de Ciencias Sociales. Aunque la oferta educativa existe, ésta es muy limitada tanto a nivel de licenciatura como de posgrado. La ausencia de ciertas carreras como la antropología o las deficiencias en otras como la sociología, representan dificultades para que los investigadores encuentren colaboradores. Para salvar esto, se ven en la necesidad de formar de manera independiente a los estudiantes para que puedan participar en las investigaciones.⁹

Ahora bien, varios procesos van mostrando el impacto positivo de la mejor situación de las Ciencias Sociales en la región. En Monterrey, por ejemplo, investigadores del IINSO, el INAH y El Colef, llevan a cabo un seminario interinstitucional. Al mismo tiempo, el IINSO involucra en su programa de doctorado a investigadores del El Colef, y

⁹ Tal ha sido el caso de la Dra. Séverine Durin, del CIESAS, quien formó a estu-

el CIESAS Programa Noreste lleva a cabo una investigación en donde participan miembros del INAH. El mismo CIESAS Programa Noreste impulsó en 2006 la conformación de la Red de Investigadores del Agua en Cuencas del Norte de México, en la cual se involucran también investigadores de El Colef, la UANL, la Escuela Nacional de Antropología e Historia Unidad Chihuahua, la Universidad Iberoamericana, la Universidad Juárez del Estado de Durango, la Universidad de Sonora, El Colegio de Sonora, la Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de Tamaulipas.

Además, la incursión del ITESM en la investigación en Ciencias Sociales debe ser vista como algo positivo, no sólo por el impacto que tiene en la atracción de investigadores a la región, sino por las consecuencias que esto debe traer también en el trabajo de otras universidades locales, que seguramente responderán en un afán de competencia, pero a la vez en defensa de sus formas de trabajo, perspectivas de análisis y abordaje de ciertas temáticas particulares. La UdeM, por ejemplo, iniciará la carrera de Sociología en este año (2008), y con ello romperá el monopolio de la UANL en la materia.

Con todo, las Ciencias Sociales en el noreste tienen un reto mayor, reto que no existe en algunas otras regiones de México, se trata de superar las limitaciones y prejuicios de la ideología dominante de corte “liberal porfirista”, según la cual los hechos sociales tienen un origen individual (Zúñiga y Contreras, 1998: 69). En este contexto, las Ciencias Sociales siguen siendo algo extraño entre la población del noreste, en donde las actividades de corte productivo abarcan prácticamente todo el espectro del mercado laboral y de las expectativas sociales. Para los funcionarios públicos de alto y mediano nivel, los estudiantes de licenciatura o posgrado, los profesores de las escuelas públicas y pri-

diantes de licenciaturas y maestrías para que hicieran trabajo de campo en un proyecto de corte antropológico. Comentario hecho por la misma doctora durante su presentación en el Quinto Seminario, región noreste, del Ciclo de seminarios itinerantes de discusión y análisis sobre el estado actual de las Ciencias Sociales en México, llevado a cabo los días 7 y 8 de junio de 2007.

vadas, los empresarios grandes y pequeños, los comerciantes formales e informales, los obreros, empleados, comunicadores, periodistas y demás sectores del noreste, encontrar a un científico social es toparse con un desconocido a quien se debe preguntar qué es lo que hace y, sobre todo, para qué sirve.

Bibliografía

- Alvarado Enríquez, Yolanda y Carlota Guzmán Gómez. "Investigación en Ciencias Sociales: desigualdades regionales". En Humberto Muñoz y Herlinda Suárez (coords.). *Investigación social y política académica*. México, UNAM/CRIM, 1991, pp. 46-84.
- Béjar Navarro, Raúl y Héctor H. Hernández Bringas. *La investigación en Ciencias Sociales y humanidades en México*. México, UNAM/CRIM, Porrúa, 1996.
- Muñoz García, Humberto y Ma. Herlinda Suárez Zozaya. "Investigación en Ciencias Sociales: desigualdades institucionales". En Humberto Muñoz y Herlinda Suárez (coords.). *Investigación social y política académica*. México, UNAM/CRIM, 1991, pp. 26-45.
- Rosaldo, Renato. *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, México, CONACULTA, Grijalbo, 1991.
- Zúñiga, Víctor y Óscar Contreras. "La pobreza en Monterrey". En Luis Lauro Garza (coord.), *Nuevo León Hoy*. México, La Jornada Ediciones, UANL, 1998, pp. 65-83.